

POEMAS TOMAS BORGE

«Te rappelles toi, Barbara?»
Jacques Prévert

I
Hay una muchacha
es una cuerda de guitarra
un cerillo encendido
un trago
un río
con su inevitable gesto de aniversario
me recuerda todos los días
el último acuerdo que tuvo con el sol.
Sale a la calle
se mete en alguna oficina
escupe frases azules
sonríe
para ocultar sus inútiles
y deliciosos complejos de culpa.
No se sorprende si mira a un ángel
orinando desde los ojos de un gato
pero le brinca la risa de la piel
cuando no ve nada
con sus ojos de terca adolescencia.
Cuando ella ve ríos de rosas
que corren entre las cloacas
canta
se pone seria
corre a su casa
y me espera.

II
Voy a morir bajo la lluvia
con residuos de sol en la fatiga
ayer. Voy a morir ayer.
Hoy no tengo tiempo.
Y mañana iré a recorrer el estampido
de todos los martillos.
Cuando envejezca
cuando llegue yo a viejo
dentro de cien o mil años
bando el umbral de un pájaro
oír la risa de los niños
y la irreversible equivocación de los insectos.
No tendré ojos ni dientes
mi metabolismo será tan sólo
un largo hueso satisfecho.

«Hemos de dejar esta tierra
estamos prestados unos a
otros iremos a la casa del
sol.»
NETZAHUALCOYOTL

III
Voy a hablar del viejo barbudo
que en una tejana madrugada
masticaba con sus dientes amarillos
las hostias indefensas
el que a la hora de los bostezos
nos decía que el infierno era fuego de verdad

y que el fuego de la tierra
es un león pintado sobre un alegre mural
se me ocurre también hablar de las ascárides
referirme al pipí de Armstrong
a sus frases idiotas y solemnes
me refiero al machete
que abre caminos en un espejo largo
la toalla sanitaria de la viuda de Onassis
los soberbios bacilos de la humilde Mariana

y la imposibilidad hormonal de Rockefeller
aunque eso parcialmente signifique
que no tiene todos los hijos que puede mantener
voy a hablar de los hijos de Alicia
que juegan a capturar un rayo de sol
con vidrios oscuros de botellas rotas
no quiero callar
sobretudo algo que se parezca a la aurora
a un vendedor de lotería
o tal vez
a una estación de gasolina
cantaré al banquillo de los inocentes
y a los culpables que nos señalan con sus hermosos dedos

a los dulces muchachos de miradas feroces
que maltratan los desperdicios
con puños ensangrentados
a la muchacha que me entrega un lapicero
cada vez que se extravía una metáfora—
—y algo más si fuera necesario—
voy a cantar del uno al seis
UNO de Mayor
DOS alondras
TRES suspicacias de mis
CUATRO amigos
CINCO dedos de tu mano izquierda
SEIS años de cólera inaudita
la dignidad de Pedro, Augusto y compañía ilimitada

quién sabe cuántos de fuego acumulado
no soy un quetzal.

RAMÓN Y MARTA RICARDO DOMENECH

Un día cualquiera, transcurridos más de diez años de vida matrimonial, Ramón y Marta comprobaron que... no se podían ver. Como los dos tenían muy buen carácter, afrontaron el hecho con la misma serenidad con que habían convivido siempre. Nada de discusiones ni de heridas coras; al revés, constantemente una sonrisa a punto, una actitud de transigencia ante los deseos del otro... Así habían sido, así eran Ramón y Marta, tanto al principio de casados, cuando vivían en un modesto piso de la calle Malasaña y él no era más que un oscuro licenciado en Derecho, como después, cuando ya él había franqueado determinadas pruebas iniciáticas, subido ciertos peldaños, olvidado algunos escrúpulos, y pudieron adquirir un piso nuevo en la prolongación de General Mola, un piso nuevo que amueblaron sin estridencias pero con buen gusto y un gran sentido de la comodidad. Fue entonces cuando empezaron a tener los hijos. Uno, dos, tres. Tres es el número ideal, convinieron ambos, y ahí se pararon. Llamaba la atención aquel instinto práctico con que sabían organizar y proyectar su vida en común.

De ese instinto —comprendieron los dos, inmediatamente, aquella mañana— iban a necesitar tanto como de su buen carácter. Ramón había dicho algo sobre la toalla, que dónde estaba la toalla, y Marta creyó que le hablaba desde el cuarto de baño. A él le pasó lo mismo cuando ella le contestó que no sabía nada de la toalla, que estaría en su sitio: creyó que le hablaba desde el cuarto de baño, y alzando la voz y mirando hacia allí dijo en su sitio no está, a lo que ella respondió por favor no te enfades, cariño, no grites... Tardaron aún un rato en averiguar que los dos se encontraban en el dormitorio y que, simplemente, no se podían ver. Ramón, incluso, se molestó al principio, porque sospechó que ella se había escondido detrás de la cortina o debajo de la cama, para hacerse la graciosa o para hacerle rabiar. ¿Dónde estás exactamente? Pero si estoy aquí, delante del armario. ¿Dónde has dicho? Delante del armario, repitió ella y, efectivamente, él pudo localizar allí su